

cruza, súbito, "el relámpago verde de los loros", sus calles en que se derrama, al amanecer, "el santo olor de las panaderías" todo, en una palabra, de lo que tiene el color, el gusto o el perfume de México, se hallaba felizmente evocado, pero no con la minuciosa reproducción del copista sino con la intuición genial del poeta. ¡Qué pálido resulta, junto a este sentido insustituible de la patria en López Velarde, el nacionalismo de ocasión de sus imitadores y cómo nos comprueba una vez más este contraste que el argumento y el ornato no añaden nada a la lírica, sino que se embellecen de sus méritos y se renuevan en su juventud!

Del primitivo núcleo del Ateneo de México, se hallaban entonces ausentes—por los azares de una vida pública siempre agitada y dispersa—dos de sus más vigilantes espíritus: José Vasconcelos y Alfonso Reyes. El primero, seducido desde muy joven por las sirenas de la acción, se había lanzado—nuevo e imprudente Ulises—a todas las escaramuzas de la guerra civil. ¿Cómo y por qué serie de milagrosos esfuerzos, pudo este hombre conservar ilesa la dignidad de su número, en el vértigo de aquellos años sin brújula? Desterrado un día, al siguiente Ministro de Instrucción Pública en el gobierno emanado de la Convención, una semana después, errante de nuevo y perseguido, de cerca, a través de las estepas del Norte, por las fuerzas al servi-